

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



El último año

Con la lectura del Quinto Informe, el Gobierno encabezado por Vicente Fox se enfila hacia el final del sexenio. Sin duda, el Presidente desearía que este 1 de septiembre fuera su último informe. En eso parecen coincidir todos los mexicanos: Debería ya estar haciendo maletas para irse al rancho San Cristóbal. Todavía le queda un largo año para mostrar a diario su molestia por tener que gobernar. A él nadie le dijo que iba a ser todo tan difícil. Según él, nadie lo entiende; no alcanza a comprender por qué su homólogo George W. Bush sí puede pasarse más de dos meses de vacaciones de verano mientras que él tiene que lidiar con tanto ciudadano amnésico que ya olvidó que es el primer Presidente “electo por la gente”. ¿Qué le pasa a estos mexicanos que no se dan cuenta lo bien que viven después de la alternancia? Son todos una bola de desagradecidos; por eso mejor quiere “pasarse a retirar”

Tengo la impresión que en el veredicto popular sobre la gestión de Vicente Fox será contradictorio. Por un lado, recibirá un juicio lapidario sobre sus limitaciones y aptitudes como Presidente. Así como a Carlos Salinas de Gortari se le recuerda como un presidente astuto y maquiavélico, a Ernesto Zedillo como a un ejecutivo gris y anodino; a Vicente Fox se le reservará el lugar del presidente inocente y poco apto, para decir lo menos. Porfirio Muñoz

Ledo lo describió en 1995 como el “alto vacío” cuando eran adversarios en la contienda por la Gubernatura de Guanajuato. Pero por otro lado, el juicio pudiera atemperarse con la consideración de que a Fox la oposición no lo dejó hacer mucho y de que era una persona buena y bien intencionada. Algo semejante le sucede a los pretendientes feitos que ante la pregunta de ¿cómo es el novio? La respuesta es: “Pues es muy bueno y tan trabajador”.

El Gobierno de alternancia nunca fue acompañado por una propuesta clara de transformación del Estado. Las instituciones no serían sustituidas por otras nuevas. El edificio quedaría intacto. Se trataba sólo de un cambio de élites políticas. A pesar de lo paradójico que pareciera y contradictorio frente al resto de experiencias de transición democrática a nivel mundial, no lo era respecto a la interpretación que por años había sostenido el Partido Acción Nacional sobre el cambio político mexicano. En efecto, Acción Nacional compartió con el PRI la tesis de que las instituciones mexicanas son viables y lo único que ha fallado son los gobernantes; por ello, la solución de todos los problemas provendría de un cambio de partido en el Gobierno, que llevara a nuevas élites no corruptas a resolver los problemas más ingentes. La administración honesta de los recursos públicos resolvería como por arte de magia los

problemas estructurales.

Por eso Vicente Fox, “el primer presidente del cambio” se siente abrumado: No alcanza a comprender por qué si él y su Gobierno son bien intencionados y le echan todas las ganas del mundo, los problemas se siguen acumulando. Cree que se debe a las zancadillas que le ponen sus enemigos, aquellos que no quieren el bien de México. Aquellos que no quisieron aprobar las reformas estructurales que se cansó de pedirles pero que nunca formalizó en proyectos de ley para el Congreso. Coincide plenamente con la tesis del complot que tan bien maneja su contrincante Andrés Manuel López Obrador. Si los malosos no trabaran las acciones gubernamentales, los problemas se resolverían y él pudiera pasar más tiempo en su ranchito. Lo que pasa es que los mexicanos no entienden a su Presidente.

Mientras no haya una verdadera transformación del sistema político, que permita dar paso a instituciones viables, modernas y democráticas que den cauce a las demandas ciudadanas y respuesta a las necesidades de participación, transparencia, rendición de cuentas, garantizando la renovación de las élites sin estallidos políticos; la sucesión presidencial se dará siempre al filo de la navaja. En esa verdadera reforma del Estado, la revocación del mandato o la posibilidad de elecciones anticipadas, podría ser una solución a la incompetencia presidencial, evitando padecer a presidentes que lo único que desean es irse a montar al rancho.